

Emily Brooks

# Toda suya

VOL. 2



Addictive Publishing

Emily Brooks

# Toda suya

VOL. 2



Addictive Publishing

Emily Brooks

# Toda suya

## Volumen 2

### Argumento

La turbación que sembró Adrien Rousseau en el alma de

Alice ha echado raíces. La joven siente tanto recelo

como deseo por este hombre tan poderosamente

carismático. ¿A dónde la llevará todo esto? ¿Y quién es

Camille? ¿Una aliada o una rival?

En esta segunda entrega de la saga Toda  
suya, Emily

Brooks nos conduce brillantemente al  
descubrimiento

del deseo ardiente de una mujer a través  
de un hombre

peligroso y fascinante.

**1. Atención, peligro**

Fabienmalcon@gmail.com >

Alicedarfeuil@gmail.com

Querida Alice:

Debes estar preguntándote a qué me dedico en Ciudad del

Cabo... Pues bien, ¡estoy en el paraíso!  
Simon vino a recogerme,

pasamos 48 horas haciendo el amor y después fuimos a visitar el cabo

de Buena Esperanza, bailamos hasta el amanecer en clubes y

quedamos con sus amigos de todo el mundo, atrapados en esta ciudad

mágica. Soy feliz aquí, como nunca lo había sido, como en ningún otro

lugar. Me siento culpable por haberme

ido tan rápido y por haber

abandonado mi librería, pero confío plenamente en ti, mi Alice. Eres

una reina, eres mi reina. Y seguro que también te preguntas por qué no

te dije nada sobre la firma de libros de Adrien Rousseau. Te conozco

perfectamente: si hubieras sabido que venía a la librería, habrías

encontrado un millón de razones para huir. Y pensé que sería una

oportunidad para ti. Sé que harás un magnífico retrato de él. Conozco

(un poco) a Adrien, es un tipo especial, le encantará tu estilo y se

interesará por ti. Me refiero a *profesionalmente*, porque para todo lo

demás, es un peligro. Conozco a su correctora, una impresionante

pelirroja que lo dejó todo por él y que está hecha pedazos, lo mismo

que su editora, la famosa Camille Pasoli. Así que, mi querida Alice, mi

amiga: ¡no te acerques a Adrien Rousseau! Pertenece a la categoría de

hombres que hacen daño. No sé por qué

te estoy escribiendo esto,

porque que me imagino que te habrás  
dado cuenta inmediatamente. Y

apóyate en mi amigo Paul, el dueño del  
Café Los Pensadores, que me

ha jurado ayudarte en todo lo posible.  
Escríbeme, cuéntame y hazme

vivir, de lejos, la vida de mi librería,  
que tanto adoro. Recibe un abrazo

fuerte, mi Alice.

Este primer e-mail de mi amigo Fabien  
me llegó como un

salvavidas. Adrien Rousseau, el fulgurante novelista, acababa de

dedicar sus libros a unas cien lectoras intoxicadas de deseo y me había

invitado a escribir su retrato para una revista, después de haberme

explicado que “solo haciendo el amor con un escritor podía

conocersele realmente”. En ese momento, yo estaba subida a una

escalera para colocar los últimos volúmenes de *Belleville en abril*, su

novela más reciente, cuando Adrien me

buscó para decirme adiós.

Mientras descendía de la escalera, sentí que él observaba cada

movimiento de mi cuerpo que me llevaba hasta él. Se inclinó hacia mí

para darme dos besos y luego se acercó para decirme, al oído, que le

encantaba mi voz dulce y la forma que tenía de sostener un libro entre

las manos. Me susurró esas bonitas palabras bonitas a la vez que se

pegaba a mí, tan cerca que podía sentir cómo se contraían los

músculos de sus brazos y, sobre todo, cómo se endurecía su sexo en

contacto con mi vientre. Sus dedos rozaron mi cara con un candor

estudiado y después descendieron hasta mi cintura para llegar hasta

mis caderas... Pero justo en ese momento, su teléfono sonó,

interrumpiendo la escena:

—Sí, Camille, ¿qué? Pero, ¿sabes qué hora es? No, no me

molestas. Bueno, podrías haber esperado hasta mañana... La firma de

libros ha ido bien. Unos cien, algo más.  
Sí, ella ha venido. Lisa ya se

ha marchado. No empieces otra vez.  
Para. ¿Esto no puede esperar?

Está bien, ya voy...

Me re Coloqué el vestido lo más rápido  
posible y con una gran

torpeza, quería poder volver a hablar  
con él antes de que se fuera de la

librería.

—Alice, tengo que irme. Es urgente.  
Gracias por todo. Es decir,

por la organización y la acogida.  
Escribiré a Fabien, le diré que ha sido  
maravilloso. Hasta pronto, Alice. Tengo  
su número de teléfono, la  
llamaré pronto. Para el retrato.

El e-mail de Fabien me llegó en ese  
contexto tan extraño. Sus

palabras tuvieron un efecto inmediato,  
me sentí protegida por su

bondad. Pero Fabien no hacía más que  
confirmar lo que yo ya me

temía: Adrien era un hombre que hacía  
sufrir a las mujeres, de eso no

había ninguna duda, no había mas que ver la violencia que había

demostrado con su correctora, Lisa, con la que se había escapado

durante su firma. Pero su poder de seducción ya había hecho efecto.

La advertencia de Fabien llegaba demasiado tarde y además... ¿Se

podía advertir a alguien contra un deseo irreprimible?

Inmersa en mis pensamientos, en mis recuerdos de todos los

acontecimientos, tan novedosos, que

habían tenido lugar desde mi

noche loca con Rose en un bar del barrio de Pigalle, me encontraba en

la librería de Fabien, vacía y desordenada. Empecé a colocar en

silencio. Me resultaba agradable, tras toda la emoción del día. Sentía

una extraña pasión por los libros, envueltos en la buena energía de

Fabien, al cual notaba allí conmigo por muy lejos que estuviera.

Ordenar los libros me hizo sentir bien, aunque cada vez estaba más

cansada y todavía no me había quitado los tacones. Hice una pausa y

me estiré para observar los cientos de volúmenes, todos ellos

dedicados al sexo, al amor quizás, y al deseo. Ahí estaba yo, sola en

medio de todo ese vacío. Sabía que, con ese cansancio, la melancolía

pronto se apoderaría de mí si no regresaba al calor de la casa de

Fabien, que me había prestado su apartamento hasta su regreso. Tenía

que encontrar la fuerza para irme de allí,

para volver a casa lo más

rápido posible a descansar tomándome  
un té o dándome un baño e

irme a dormir pronto de cara al día  
siguiente. Y, lo más importante,

esforzarme por dejar de pensar en él.  
Estaba preparándome para salir

cuando vi un taxi aparcar frente a la  
librería. Las palpitaciones

sacudieron de inmediato mi corazón en  
el momento en que me pareció

reconocer a Adrien.

Sí, sin duda era él.

—Espere un segundo —le gritó al conductor mientras salía a toda

prisa del taxi y entraba en la librería—. Alice, lo siento. Me he olvidado

algo importante. Lo siento, sé que está agotada y que querría irse a

casa —dijo, acariciándome suavemente el pelo—. He hecho mi recado lo

más rápido posible, tenía tanto miedo de que ya se hubiera ido...

¿Podría bajar conmigo un segundo?

Lo seguí al desván sin decir nada.

—Esto es lo que me había olvidado,  
Alice.

Adrien posó sus labios sobre los míos.

Me sobresalté. Mi reacción, casi infantil, le divirtió.

—Alice, —continuó— eres tan deliciosa...  
¿Cómo podría  
resistirme?

Siguió besando mis labios, mis mejillas,  
mis ojos y el resto de la

cara. Me pregunté qué se habría

olvidado de verdad, qué era lo que

realmente había venido a buscar. Pensé en mi noche en el Pigalle con

Rose, en Adrien besando a aquella mujer pelirroja... Aún podía pensar

con claridad, pero cada vez menos según sus manos se apartaron de mi

cara para rozarme el pelo, el cuello, la espalda y por último las nalgas,

que acariciaba a través de mi vestido. Suspiré. Cerré y abrí los ojos

para ver, tan cerca de mí, al hombre del que no había apartado mi

mirada durante todo el día. En ese momento comprendí cuánto le

deseaba. Reconocí todas las palabras de las que ya había tomado nota

mentalmente para ese retrato que tenía la esperanza de escribir. Ahora

podría enriquecerlo con el aroma de su piel y la sensualidad de sus

labios. Su seguridad me desconcertó. A Adrien Rousseau le parecía

obvio que yo compartiera su deseo. No había ninguna duda en su

actitud, ninguna vacilación ni

incomodidad en sus gestos. Adrien

Rousseau parecía repetir un papel que había desempeñado cientos de

veces, con una actuación perfecta pero el alma prácticamente ausente.

Percibí en su mirada que comprendía que yo lo sabía. Adrien no podía

fingir conmigo. No del todo. Dio un paso atrás, cerró los ojos, y luego

me miró muy fijamente.

—Alice, me perturbas. Eres una mujer tan singular... Me

emociona la intensa inocencia de tus ojos.

Volví a pensar en la pelirroja, tan femenina y tan arreglada, y en

esa llamada de teléfono, que debía ser de otra mujer del mismo tipo.

Me pregunté qué entendía Adrien por « singular ». Pero, en el fondo

de mi corazón, sabía la respuesta. El día que habíamos pasado juntos

me había revelado que teníamos una fuerte e intensa unión. Adrien

había velado por mí durante todo el día,

o casi, a pesar del bullicio de

las lectoras, al igual que yo había respondido a todas sus necesidades

para que no le faltara de nada. Y prácticamente sin palabras, pero con

una atención constante que no se parecía a nada que hubiera conocido

antes. No dudé ni un instante de la sinceridad de Adrien.

—Nuestra historia, Alice, será una bonita historia. Nos llevará

lejos, a terrenos que ni tú ni yo conocemos.

Adrien me bajó de un tirón la cremallera del vestido, me

desabrochó el sujetador y me llevó al lugar exacto donde su correctora

pelirroja se había postrado ante su sexo. Besó con infinita ternura mis

pechos. Yo estaba demasiado sorprendida, además de cansada, para

pensar. ¿Qué hacía yo ahí, en esa situación, después de haber leído los

consejos de mi mejor amigo? Tenía que irme. Pero creo que mi

atracción por él existía desde que leí su

nombre en el cartel que

anunciaba su firma de libros ahí mismo,  
en Des Sens, la librería de

Fabien.

Adrien acarició mis pechos, los besó y  
bajó hasta llegar a mi

sexo. Quería decirle que no, que era  
imposible. Las palabras

protectoras de Fabien resonaban en mi  
interior. Él me había alertado.

Adrien era un hombre que hacía daño a  
las mujeres, a todas las

mujeres, ¿por qué no me lo iba a hacer a mí?

—Adrien, tengo que cerrar la librería, debo irme.

Adrien puso sus labios sobre mi vientre y lo besó dulcemente,

con gran delicadeza. Con un hombre así, que reconocía mi cuerpo en

vez de descubrirlo, yo habría hecho el amor docenas de veces. Él

volvió besar mis labios, mi cuello y mi cabello. Nuestros labios

estaban completamente fusionados, el

deseo se apoderaba más y más

de mí con cada uno de sus besos. Sus labios se apartaron de los míos

para posarse directamente sobre mi sexo. Mis labios primero y luego

mi clítoris. Yo seguí de pie, con las bragas apenas bajadas. Después,

me levantó y me sentó sobre una pila de *Belleville en abril*, su última

novela. Me quitó las bragas para separarme los muslos. Parecía que

toda su cabeza penetraba en mi sexo. Enterró primero la lengua, luego

los dedos y luego todo a la vez, y alzó los ojos para mirarme. De

repente, tuve la sensación de que me estaba estudiando. Después de

todo, Adrien era un novelista y su vida le servía de campo de cultivo

literario. Ante él tenía un campo de observación banal pero muy real:

una mujer llena de deseo. Una mujer a punto de llegar al orgasmo.

Había hecho todo lo necesario para conseguirlo. Él sabía cómo.

Controlaba el deseo que crecía en mí y

parecía poder decidir el

momento exacto en que ya no podría contenerme más. Con una

precisión de escritor, me dije a mí misma, Adrien controlaba mi placer

y mi goce. Tenía armas de las que los demás hombres carecían.

Aceleró el movimiento de su lengua sobre mi sexo. Sonrió al verme

explotar en un orgasmo. Una de sus pocas sonrisas del día. Incluso

mientras firmaba dedicatorias, Adrien era hombre de pocas sonrisas,

pensé en aquel momento. Adrien nunca había sido tan dulce, tan

magnético como al hacerme gozar. La escena que había visto unas

horas antes, en la que había sido tan violento, casi aterrador, con

aquella pelirroja, me parecía de otro siglo.

—Esto es lo que me había olvidado, Alice. Me está esperando el

taxi, me voy. Pronto tendrás noticias mías. La próxima vez que nos

veamos, ya habrás escrito ese retrato.

Que duermas bien, Alice.

## 2.El retrato de Alice

Me vestí rápidamente, no quería quedarme sola en la librería. Me

debatía entre la idea de ir a acostarme y de escribir un vívido retrato

del hombre que no sabía si volvería a ver y que ya habitaba en mí. La

potencia de mi orgasmo me había creado una sensación de vértigo que

podría tornarse rápidamente en melancolía si no tomaba una decisión.

Encontrarme de repente sola en casa, sin

Adrien, podía dejarme

paralizada. Así que decidí quedarme a escribir, mientras la noche

envolvía el barrio de Le Marais y los últimos noctámbulos

deambulaban por la calle Sainte-Croix-de-la-Bretonnerie en esa noche

primaveral. Alentada por los sonidos nocturnos, me senté delante del

ordenador de Fabien y escribí de un tirón el retrato del autor de

*Belleville en abril*. Lo titulé así:

*Las noches magnéticas de Belleville en abril*

*Encuentro con Adrien Rousseau*

Estaba tan inspirada que solo me llevó un par de horas redactar

el texto. Por una vez, escribí sin miedo, sin angustia al fracaso. Las

frases se encadenaban con extrema facilidad, las palabras se aparecían

solas ante mí. Era el retrato que ya tenía en mente desde hacía horas,

así que no me requería ningún esfuerzo pasar al papel un texto ya

existente. Adrien había accedido a una parte misteriosa de mi ser y

parecía haber aflojado los nudos que me inmovilizaban el resto del

tiempo, sobre todo en lo que se refería a mi trabajo como periodista.

Sentí un placer increíble escribiendo, entre las paredes de la librería,

en un estado de fatiga que ni siquiera podía medir. Mi retrato era

preciso y rítmico. Sabía que le interesaría a las miles de mujeres que

soñaban con un encuentro más íntimo

con el autor más demandado del

momento. Y yo había sabido captar ese algo indescriptible que hacía

tan diferente, y aterrador, a Adrien.

Contrariamente a todo lo que se

podía leer de él (entusiasta cuando el texto estaba escrito por una

mujer, lleno de celos cuando la pluma era masculina), me las arreglé

para retratar los entresijos más oscuros de la personalidad de Adrien:

un hombre capaz de encandilar sin sonreír, dueño de una violencia que

no lograba ocultar y de un desdén mezclado con sed de control, que

personificaba el papel principal del amante de *Belleville en abril*.

Eran casi las 3:00 de la mañana cuando hice clic en « Guardar »

y apagué el ordenador. En ese mismo ordenador había leído, tan solo

unas horas antes, el mensaje de alerta de Fabien, como un mal

presagio. Traté de no pensar más en ello, pero sabía que Fabien estaba

en lo cierto. Él era mi protector, mi

ángel de la guarda. Yo sabía que le estaba traicionando al evadir su consejo y vi en ello una mala señal. La señal de que iba a sufrir.

El retrato estaba terminado. ¿Cuál sería su destino ahora? ¿De

verdad tenía Adrien la intención de publicarlo? ¿Era un cebo? En el

fondo de mi corazón, lo dudaba. Adrien era demasiado sutil para eso.

En cualquier caso, ¿qué debía hacer? ¿Esperar a nuestro próximo e

hipotético encuentro? ¿O enviárselo?

Pensé que eso era lo más valiente.

Busqué su dirección de e-mail

y la encontré rápidamente en la lista de contactos de Fabien. Fabien,

como siempre conmigo, lo había dejado todo abierto. Entre nosotros,

no había contraseñas ni secretos.

Estábamos unidos por una confianza

suprema. Escribí y borré a continuación varias veces el mensaje que

acompañaría al retrato en el e-mail.

Después de todo, ¿qué pensaría de

una mujer que había pasado la noche escribiendo su retrato, unas horas

después de aquel extraño encuentro? El cansancio truncó mis dudas...

Alicedharfeuil@gmail.com >  
adrienrousseau@me.com

Estimado Adrien:

Como ves, no me he ido de la librería después de que te fueras ni

me he ido a dormir. He preferido escribir este retrato, que tanto parece

importarte. El magnetismo (de la escritura, de lo que une un hombre a

una mujer que apenas conoce, del deseo, de la inspiración inesperada)

es el alma de este texto, que espero que no te defraude.

¿Qué más se puede decir?

Atentamente,

Alice

Atentamente, cordialmente... No encontraba la fórmula correcta con

la que terminar mi mensaje. También evité cualquier expresión que

podiera insinuar mi deseo de volver a

verle, como hasta pronto, hasta

luego, hasta la próxima... Quise ser parca, incluso si el deseo de ver

otra vez a Adrien me quemaba el cuerpo.

Hice clic en « Enviar » con una mezcla de orgullo y miedo.

Adrien me había dado esa noche una fuerza que me faltaba en la vida

y que me había hecho perderme muchas cosas importantes. Quería

demostrarle a Adrien que yo no era solo una joven con la que podía

hacer el amor en un desván mientras le esperaba un taxi. Compartía

con él el amor por las palabras. Y esa noche primaveral necesitaba

imperiosamente poner en palabras todo lo que habíamos vivido, como

para demostrarme que tenía algún control sobre esa secuencia de

eventos. También sabía que el mensaje iniciaba un periodo de espera.

De espera de su respuesta, espera de su juicio, pero, sobre todo, de un

posible próximo encuentro. Eso me iba a

obsesionar.

Me apoyé en el sofá de la librería y me quedé dormida. Ya no

podía más y dormí, vestida, hasta el amanecer. Una dulce voz, con un

delicioso aroma a café, me despertó.

- Pero, cariño, ¿qué te ha pasado? No puedes dormir así, toda

vestida. Tienes que cuidarte, Alice. Voy a contárselo a Fabien.

Era Paul, el dueño del Café Los Pensadores, que me había

ayudado tan amablemente el día antes con la librería. Me dio un café y un croissant.

—Paul, eres un ángel. No sé qué ha pasado. Estaba ordenando la

librería, después me he puesto a escribir un poco y me he quedado

dormida. ¿Qué hora es?

—Tarde, casi las 9:00.

Tenía una hora para llegar a casa, cambiarme de ropa, ducharme

y volver a la librería a trabajar. Paul me

miró con simpatía. Me daba la

impresión que Fabien le había enviado para que comprobara mi

estado, por si acaso me pasaba algo. Él me confirmó mis sospechas

con una delicadeza infinita.

—Hablé ayer con Fabi por Skype, parecía preocupado. Bueno, no

muy preocupado, él sabe que te las apañarás, pero ya le conoces,

siempre se preocupa por las personas a las que quiere. También quería

saber de Adrien.

Aún tenía los ojos borrosos, mi mente estaba borrosa también.

Conseguí ganar un poco de tiempo repitiendo su pregunta:

—¿Quería saber de Adrien?

—Sí, o sea, saber si la firma de libros fue bien. Conoce la historia

de sus lectoras. Adrien no es fácil, y con todo lo que se dice sobre su

editora, a la que martirizó... No se habla de otra cosa en el mundo

editorial. Pero bueno, le dije que habías estado perfecta. « Espectacular

» es la palabra que usé.

Yo le respondí con una sonrisa. « Espectacular ». Paul percibió

mi mareó y me abrazó.

—Alice, veo que has tenido una noche difícil. Vamos, te llevo en

moto a casa de Fabi, te duchas y te traigo de vuelta.

Fabien era un amor, como todos los hombres que habían compartido

su vida con Paul. Existía, no me cabía  
duda, una tribu de hombres

cuya misión es proteger a las mujeres, y  
esos hombres no había sido

generalmente con los que yo había  
tenido historias de amor. Los

amantes de Fabien me habían acogido  
bajo su ala protectora, era un

acuerdo tácito que Fabián establecía con  
ellos. Cuidar de mí.

Acepté la oferta de Paul con alegría y  
me subí a su moto. Había

demasiado bullicio en París para mi

mente, aún dormida. Cruzamos la

Place des Vosges, la calle Saint-Antoine  
en medio del ruido de los

camiones de reparto, la Ópera de la  
Bastilla, imponente por la magia

que albergaba, y llegamos a casa de  
Fabien. Me duché mientras Paul

bailaba con la música de Nina Simone.  
Me sentía tranquila. El agua

me sentó bien, pero también me hizo  
revivir el inmenso placer que

había experimentado con Adrien  
Rousseau. Desnuda bajo el agua,

pensé en sus dedos acariciando mi cuerpo, en sus labios explorando mi

sexo. Adrien ocupaba mi mente por completo. Ese día sin él se me iba

a hacer muy largo y vacío, pensé mientras elegía mi ropa. La

perspectiva de volver a verlo habría influido en mi elección de qué

ponerme, seguro que algo más arreglado y femenino. Pero pensé en el

cansancio del día anterior y en todas las cajas que tenía que

desempaquetar y me puse un par de

vaqueros con un simple jersey de cachemir blanco y un par de bailarinas. Quería un material suave en contacto con mi piel, como para paliar la tristeza, el vacío que estaba por llegar. Apenas me maquillé, para no hacer esperar a Paul, que seguía bailando mientras ojeaba los periódicos sobre la mesita de noche de Fabien.

—Estoy lista, gracias, Paul. Eres un cielo.

—Cariño, estoy aquí para lo que necesites. Yo no te voy a dejar, puedes contar conmigo.

Me besó en la mejilla y me puso el abrigo sobre los hombros.

Estaba conmovida por sus detalles conmigo, a pesar de que estaba

muy ocupado con su cafetería y no tenía tiempo que perder. Parecía

adivinar que yo me encontraba muy frágil tras la última noche, no

tenía ni idea de qué había pasado pero veía las consecuencias.

—¿Estarás bien, Alice?

Sí, estaré bien, pensé mientras me subía de nuevo a su moto,

abrazándole por la cintura como si fuera a salir volando. De repente

me sentí tan vulnerable por la idea de esperar una señal de Adrien...

Las palabras de Fabien resonaron en mi mente. ¿Y si Adrien no me

llamaba jamás? ¿Y si no leía mi retrato, que de repente me parecía tan

vital? Pero, sobre todo, ¿cómo iba a hacer para pensar en otra cosa que

no fuera él durante la espera?

Comprendí asustada el poder de lo que

se iba a convertir en una obsesión de los sentidos.

# 3. Insoportable espera

—Ya están aquí los clientes habituales — me avisó Paul.

Tenía razón. Apenas abrí la librería, llegaron los primeros

clientes, apasionados de la literatura erótica. Yo aún no me sentía

preparada para compartir ese lugar con cuerpos extraños. Quería

revivir los acontecimientos de la noche anterior. Ese mismo espacio se

iba a convertir en el escenario de un día

vacío, pensé mirando el sofá

en el que me había quedado dormida y,  
especialmente, al bajar al

desván, lo cual me llenó de escalofríos.  
Mis sentimientos eran muy

confusos: la nostalgia ya se había  
instalado, pero mezclada con miedo.

Subí rápidamente del desván para  
atender a una mujer que sabía

lo que quería.

—Estoy buscando *Belleville en abril*.

Otra más, me dije. La miré fijamente.

Todas las lectoras de

Adrien Rousseau podían llegar a convertirse en enemigas, en seres

celosos que compartían conmigo su magnetismo y su poder de

atracción, de los cuales, obviamente, no eran responsables.

La mujer era alta, muy delgada. Tenía el pelo largo. Tenía pinta de

ser estilista, su trabajo debía estar relacionado con la moda.

—¿Usted lo ha leído? —me preguntó con una sonrisa—. Adrien

Rousseau estuvo aquí ayer, ¿no es así?  
Por desgracia, no pude venir,

pero me hubiera encantado. Pero bueno,  
no iba a abandonar a mis

alumnos por eso...

—¿Es usted maestra? —le pregunté.

—Soy profesora de primaria. Tengo una  
clase de preescolar

—respondió, hablando con propiedad,  
como debía hacer con sus

jóvenes estudiantes.

Esa mujer no tenía nada que ver con el

mundo de la moda. Era

maestra y tenía ganas, como la mayoría de las mujeres, de saber más

sobre el deseo que exploraba un escritor magnético. Esta mujer era

dulce y cálida. No quería que se fuera, quería saber más acerca de su

atracción por el libro. Era como si hablar de la novela de Adrien le

trajera de vuelta a la librería.

—Le encantará *Belleville en abril*, se lo aseguro —le respondí

sonriendo torpemente.

—Adrien Rousseau escribe lo que las mujeres viven en su

interior, es increíble —me dijo la maestra—. Le escuché por la radio y

sentí que describía con una precisión perfecta todos los tumultos de mi

corazón. Me dio hasta miedo. ¿Tuvo usted la oportunidad de verle?

—preguntó con una mirada penetrante, como si el hecho de haberle

conocido me hubiera otorgado poderes especiales sobre la

comprensión del deseo.

—Su firma de libros aquí fue inolvidable... —balbuceé mientras la acompañaba a la salida—. Que disfrute de la lectura.

Busqué una frase para terminar la conversación.

—Este libro le puede cambiar la vida, bueno... eso es lo que me dicen muchos clientes.

Los clientes llegaron unos tras otros, así como las preguntas, las

cajas que abrir, los encuentros divertidos con obsesos de los libros

eróticos... Me di cuenta de que la librería de Fabien era un lugar de

encuentro, especialmente el rincón de literatura gay, donde el teatro de

intercambio de miradas era particularmente inequívoco. Paul me lo

confirmó cuando vino a traerme un bocadillo para hacer una pequeña

pausa conmigo. Me contó anécdotas de la librería. Las horas fueron

pasando, había que responder al

teléfono, preparar los pedidos para clientes habituales, algunos de los cuales vivían en el extranjero, desembalar cajas... Estaba ya a punto de cerrar cuando aproveché un momento de calma para hacer la única cosa realmente importante de aquel día: revisar mi e-mail.

No había respuesta de Adrien. No era de extrañar. Sin duda, tendría otras muchas cosas que hacer antes que escribirme. Aproveché

para buscarle en Internet y averiguar más sobre él y sus misterios. Me

enteré de que había nacido en Argentina, en Buenos Aires, que su

padre había sido marchante de arte y que su madre se había suicidado.

Había estado casado con un directora de cine, pero en la mayoría de

las fotos estaba acompañado por su editora, la famosa Camille Pasoli.

En la librería los últimos clientes iban y venían. Ya era hora de cerrar,

pero me costaba irme. Estaba leyendo

largos artículos sobre Adrien y

escudriñando todas sus fotos cuando mi buzón de e-mail me indicó

que tenía un « Nuevo mensaje ».

# 4.El sustituto

adrienroussaeu@me.com >  
alicedharfeuil@gmail.com

Mi querida Alice:

¡Eres una caja de sorpresas! ¡Ahora resulta que Alice Harfeuil

no necesita dormir! Leí tu texto al despertarme. La primera impresión

fue de asombro, por su perspectiva tan singular. Estoy tan

acostumbrado a leer lo que todos repiten sobre mí... Tengo la

impresión de ser para los medios de comunicación un hombre al que

se han habituado a describir y que no tiene nada que ver conmigo. Tú

has evitado todos los clichés y has tocado lo que ninguna otra persona

ha siquiera rozado. Lo he releído varias veces. Está bien escrito y,

sobre todo, está lleno de sentimiento. Es literatura a corazón abierto, es

un texto vivido y sentido, que se ve que te nació de las entrañas. Pero

me ha perturbado tu texto, Alice, y eso

es algo poco común. Que lo

sepas. He hablado con Camille Pasoli, mi editora, y lo ha enviado a

algunos periódicos. Les ha interesado a todos, lo publicarán esta

semana. Solo falta elegir el mejor título para que te ayude a despegar

porque, sobra decirlo, escribir sobre mí en este momento despierta la

curiosidad de muchos (no necesariamente por las mejores razones,

pero tampoco por las peores...). Pero bueno, si esto te ayuda en tu

profesión, aprovéchalo. Así funcionan las cosas en este despiadado

mundo. Un día estás arriba y al siguiente abajo. Yo acabaré por caer,

no me voy a engañar. Lo esencial son otras cosas y tú, Alice,

perteneces al grupo de personas que lo saben. Lo supe de inmediato en

cuanto te vi.

Camille es muy estricta, siempre manda reescribirlo todo y, sin

embargo, ha aceptado tu texto sin cambiarlo. ¡Eso es una primicia!

Me voy unos días fuera de París para presentar mi libro. Ardo en

deseos de decirte a viva voz lo que pienso de tu texto.

Hasta la próxima.

Atentamente,

A. R.

Hacía mucho tiempo que mi corazón no latía tan rápido. Leí y

releí cada palabra de su e-mail. Mi orgullo literario (¡mi retrato le

había gustado y se iba a publicar!) se

disipó en cambio rápidamente al

leer el nombre Camille. Así que era ella la que orquestaba la vida de

Adrien, tan formal y tan lejana, al extremo de desaparecer tras sus

iniciales A. R.... ¿"Hasta la próxima", pero solo para hablar de mi

texto? Las lágrimas se me amontonaron en los ojos. Debería estar

saltando de alegría, a la vista de que por fin me iba a pasar algo bueno

profesionalmente, pero el deseo, el único deseo de mi ser era ver y

besar a Adrien Rousseau. Odiaba todo lo que estuviera fuera de París,

odiaba el tiempo (Adrien no decía cuántos días estaría fuera) que me

separaba de él y, sobre todo, a la mujer que oscurecía el mensaje:

Camille Pasoli.

En ese preciso instante, recibí un SMS de Paul:

*Fiesta en el café Los Pensadores. Te espero, guapa.*

Lo que fuera con tal de no estar sola y no pensar en Adrien

Rousseau y su Camille. Cerré la librería y fue a ver a Paul, que

celebraba el 40 cumpleaños de un cliente, un tal Alex. La noche se

presentaba demasiado aburrida como para mantenerse sobria. Paul me

sirvió una copa, luego otra. Bailamos. Pronto me di cuenta de que yo

le gustaba a Alex. Alex iba a menudo a la cafetería de Paul porque

trabajaba en el barrio, diseñando páginas web en una empresa de éxito.

No era difícil adivinar su profesión: no

le quitaba los ojos de encima a

su teléfono móvil, siempre conectado, hasta en su cumpleaños. Pero

todo me daba igual, solo quería pasar el tiempo y no pensar en Adrien.

Alex me invitó a bailar y me invitó a unas copas de champán. Se iban

formando parejas al son de la música que ponía Paul, cada vez más

lasciva a medida que se vaciaban las botellas con una pasión

desenfrenada. El deseo se palpaba en todos los rincones del bar, divisé

a Paul besando a un rubio guapísimo que parecía que acabar de llegar

de una playa australiana, probablemente un turista. El Café de Los

Pensadores aparecía en muchas guías turísticas y acogía a viajeros de

todo el mundo.

Yo lo observaba todo, un poco mareada, cuando Alex me cogió

de la cintura y me besó. No había ninguna dulzura en ese beso, solo

deseo en estado bruto que yo compartía, con la única esperanza de

borrar un poco la sombra de Adrien.

Devoré sus labios de manera  
suficientemente elocuente para que

me invitara a seguirle al baño del bar.

Le miré y me pareció lo opuesto

a Adrien. Con sus pantalones color  
turquesa, su pelo despeinado y un

jersey que seguro que había comprado  
en una tienda *vintage*, Alex era

la antítesis de Adrien. Pero yo tenía un  
vertiginoso deseo de recuperar

el control de mi cuerpo y dar descanso a  
mi mente. Le hice ver a Alex

que los dos queríamos lo mismo. Estaba decidido. Cerró la puerta del

baño de hombres. Me arrancó el jersey, me bajó rápidamente los

pantalones y me acarició el culo.

—Qué buen culo...

No, no era precisamente un poeta. Pero yo necesitaba palabras

fuertes, un cuerpo a cuerpo sin discursos, sin sentimientos, sin esperas

y sin futuras tristezas.

—Fóllame —le dije.

—Sí, pero primero chúpamela —me ordenó.

Dirigió mi boca a su sexo, que se endureció de golpe.

—Ahora dame tu coño.

Me puso en pie, me empotró contra la pared y me preguntó:

—¿Quieres que te la meta, a que sí?

Respondí que sí. Con una destreza que delataba una cierta

costumbre, rasgó el envase de un condón de su bolsillo, se lo puso y

me penetró con fuerza. Después, me bajó con la misma brutalidad el

sujetador. Me sobresalía un pecho y eso le bastó para empalmarse aún

más.

Su sexo me penetraba cada vez más fuerte y yo sentía que me

iba a correr de un momento a otro. Sentí cómo se le ponía aún más

dura, para llegar todavía más profundo, hasta llegar al orgasmo,

primero él y luego yo.

—Eres buena —me dijo, recolocándose un mechón.

Me pareció sexy, con ese cuerpo casi infantil. Se volvió a vestir,

yo me subí los vaqueros y le dejé salir primero de los baños. Esperé

algunos minutos y fui a lavarme la cara y peinarme un poco. El espejo

me devolvía la imagen de una mujer que acaba de sentir placer, pero

que parecía perdida, ausente. Apenas me reconocía a mi misma, entre

los efluvios de la noche.

Salí y me encontré en medio de una multitud aún más densa y

eléctrica. Decidí irme a casa tras beber una última copa (esa noche no

llevaba la cuenta). Me crucé con Alex mientras buscaba a Paul, que

parecía muy ocupado. Alex me saludó de lejos y me hizo un signo

impreciso con la mano. Eso fue todo. Bailaba, ya muy lejos, rodeada

de otras mujeres.

Me subí a un taxi y abrí las ventanillas de par en par porque la

cabeza me daba vueltas. Vi París, en calma bajo una luna de primavera

lista para recibir el verano. Pensé en Fabien, en su lejana Sudáfrica y,

sobre todo, en Adrien. Él siempre estaba ahí. En mí. El cuerpo de Alex

no era el de Adrien. Y mi mente ya estaba ocupada. Estaba mareada,

no entendía lo que me decía el taxista, no sabía si entendía mis

indicaciones. Mi mente estaba en otra parte. Con Adrien Rousseau.

Me las arreglé para subir los cinco

pisos hasta el apartamento de

Fabien y me di una ducha caliente para limpiarme de todo lo que

acababa de vivir con Alex. Quería que mi cuerpo estuviera purificado

antes de tumbarme a releer en mi cama las más bellas escenas eróticas

de *Belleville en abril*. Entendí que Fabien tenía razón. Adrien no era

un hombre como los demás. O al menos no con las mujeres. Yo quería

una señal, una promesa de volver a verle. La capacidad de sentir de

nuevo su piel, de tocarle... De sentirle en mi interior, con un deseo real

y no una imitación como la que acababa de vivir en el baño del bar.

Nada podía borrar la obsesiva presencia de Adrien.

A las tres o cuatro de la mañana, mientras trataba de poner el

despertador, aún un poco mareada, recibí este mensaje de texto que iba

a cambiar el curso de la noche:

*Alice, soy Adrien Rousseau. Camille, mi editora (que también se*

*encarga de mis comunicaciones) desea verte mañana a última hora*

*para hablar sobre el artículo. No estaré allí, pero confío plenamente*

*en ti. No te olvides de contarme luego qué tal fue. Con afecto, A.R.*

Pero ¿por qué necesitaba verme esa tal Camille? ¿Es que mi

texto no le bastaba, o qué? ¿Y por qué me escribía Adrien de un modo

tan formal? Esas expresiones tan educadas borraban un poco más el

recuerdo de nuestra furtiva intimidad. Al

desvestirme, no pude para de

pensar en nuestro momento de pasión,  
sin duda uno más entre tantos

para él...

En ese momento, resurgió el olor de  
Alex, aún presente en mi

pelo. Me parecía un recuerdo lejano y  
carente de todo sentido. Otro

cuerpo no hace olvidar al cuerpo que se  
desea. Tenía que responderle.

¿Debía utilizar el mismo tono frío y  
distante o mostrarle que yo

esperaba, que deseaba un cambio en sus palabras y en el desarrollo de

nuestra historia? Tenía que pedirle consejo a Fabien, aunque su

advertencia había sido clara. Pero no me quedaba más remedio que

llamarle. No me importaba la diferencia horaria: se trataba de una

emergencia y tenía que ayudarme.

No me sorprendió su reacción cuando le resumí la situación y le

pedí ayuda:

—Pero Alice, *jamás* debiste embarcarte en esta historia. Adrien

es un enfermo, lo digo en serio, no puede acercarse a una mujer sin

volverla loca y hacerla sufrir. Todos en el mundo editorial lo saben. Y

no te quepa duda que Camille es una bruja. Ella reina sobre sus

contratos, su imagen, su vida... como una loba rabiosa. No te acerques

a él, ni mucho menos a ella. Alice, confía en mí. Dile a Adrien que no

puedes dejar la librería sola y que te

comunicarás con Camille por

e-mail o teléfono. Estarás más cómoda fuera de su territorio. Muchos

besos.

Tenía calor, luego frío, y no me veía capaz de poder dormir con

todo el alcohol que aún tenía en el cuerpo. Me puse a dar vueltas por el

apartamento mientras miraba la iglesia de Saint-Sulpice, de una

belleza suntuosa y arrogante. Me sentía minúscula al lado del

monumento literario que era la famosa Camille Pasoli. Por encima de

todo, ella quería dejarme claro que era la dueña del lugar. Estaba casi

temblando. Ignoraba el manual de instrucciones, las palabras

adecuadas, el procedimiento a seguir para sentirme cómoda en una

situación así. Pero contaba con buenos amigos, con mis ángeles

guardianes Fabien y, desde hacía poco, Paul, para ayudarme a trazar

mi camino. Decidí responder a Adrien

por e-mail porque no quería que

mi móvil se convirtiera en un objeto peligroso, que cristalizara todas

mis expectativas.

Alicedharfeuil@gmail.com >  
adrienrousseau@me.com

Buenas noches, Adrien:

Espero que te encuentres bien y que la promoción de *Belleville*

*en abril* se esté desarrollando lo mejor posible. No me cabe duda de

que así será, pero igualmente quiero

transmitirte mis mejores deseos.

Lamentablemente, no voy a poder reunirme con tu editora

mañana, no puedo abandonar la librería.

Por supuesto, puede ponerse

en contacto conmigo por e-mail o por teléfono para aclarar cualquier

asunto relacionado con mi artículo, sin duda el motivo de la cita.

P.D.: Estoy un poco sorprendida por el tono tan distante de tus

mensajes.

Buenas noches,

Alice.

Tuve muchas dudas antes de añadir, tras haber eliminado y luego

vuelto a escribir, la posdata. Envié el mensaje con el corazón en un

puño. Me sentí valiente por no haber borrado la última frase, al final.

Había seguido, como de costumbre, mi intuición –mucho más fiable a

mis ojos que mis razonamientos mejor contruidos.

Me preparé una infusión para entrar en calor y atenuar los efectos del

alcohol antes de meterme en la cama.

Pero parecía que esa noche no se

iba a acabar jamás: acababa de recibir un nuevo mensaje.

adrienrousseau@me.com

>alicedharfeuil@gmail.com

Alice, debo regresar a París antes de lo previsto. ¿Puedo invitarte

a cenar mañana por la noche?

Las fórmulas distantes y superficiales parecían haber

desaparecido por fin. No necesité la ayuda de Fabien ni de largas

reflexiones propias para responderle sin dudar:

alicedharfeuil@gmail.com >  
adrienrousseau@me.com

Sí. Te espero en la librería, tras el cierre. Alice.

Me quedé dormida con el corazón henchido, una sonrisa en los

labios y el cuerpo lleno de deseo por él. No entendía nada de la vida de

Adrien, qué había ido a hacer fuera de

Paris, con quién estaba y qué

lugar ocupaba Camille en su existencia.

Lo que sí sabía es que contaba

las horas que me quedaban para hacer el  
amor con él y sentir de nuevo

su piel contra la mía.

# 5.El Hotel Amour

Nada más llegar a la librería, le resumí en un e-mail a Fabien

todos los acontecimientos de la noche anterior. Necesitaba que el

tiempo pasara lo más rápido posible hasta la tarde, hasta el momento

en que mi cuerpo se reencontrara con el de Adrien. Tenía la esperanza

de que el día estuviera lleno de misiones inesperadas: desembalar

cajas, clientes difíciles, un largo

pedido... Lo que fuera con tal de no

tener que ser testigo de la larga erosión  
de ese día que ya me encantaba

porque sabía que acabaría con él.

Por el momento, los clientes solo se  
dedicaban a mirar las

novedades y yo no tenía mucho que  
hacer. De repente, Paul llegó, muy

nervioso.

—Alice, Alice, hola, guapa. ¡Adivina  
quién se está tomando un

café en mi cafetería!

¿Cómo iba yo a saber...?

—¡Camille Pasoli! Ya sabes, la gran editora, la editora de Adrien

Rousseau.

Pensé que me iba a dar algo. Pero, ¿qué estaría haciendo aquí,

tan temprano, en este barrio, tan lejos del centro neurálgico del mundo

editorial?

—Bueno, —continuó Paul— solo quería contártelo; tengo que

volver a la cafetería, ¿cenamos juntos

esta noche?

Le respondí vagamente que pasaría a verle más tarde, durante

el día. Necesitaba digerir la información que me acababa de dar, pero

no me dio tiempo. Camille estaba entrando en la librería. Miles de

preguntas se arremolinaban en mi cabeza. ¿Debía dejar que supiera

que la reconocía o debía pretender que era una clienta más? Me dije a

mí misma que tenía que honrar a Fabien y demostrar que en Los

Sentidos sabíamos quién era Camille Pasoli. Su visita me pareció un

presagio, una señal de que Adrien se alejaba de mí y no iba a venir. No

estaba lejos muy lejos de la verdad.

Además, no quería que pareciera que yo fingía un interés que no

tenía nada de inocente. Mis ojos escudriñaron cada detalle de su

figura. Camille llevaba un largo abrigo negro, una falda de cuero,

botas y un sencillo jersey. Nada resultaba ostentoso en su aspecto, lo

que demostraba que dedicaba su tiempo a otras cosas. Su elegancia y

buen gusto era naturales, del tipo que no aparenta requerir esfuerzo

visible. Encarnaba a la perfección la imagen de la parisina chic.

—¿Así que no tiene tiempo para venir a verme? —me soltó, con

una brusquedad que desalentaba al instante cualquier réplica—. Pues

bueno, he venido yo a usted —continuó ella, con malicia—. Me encanta

su texto sobre Adrien. Ha evitado todos

los clichés, tan comunes

respecto a él. Es tan difícil escribir sobre él... Venga a cenar mañana

por la noche a la editorial para hablar de la continuación al texto.

Porque tendrá continuación, no me cabe duda.

Al parecer, no era una pregunta. ¿Qué estaba en juego con esa

invitación con apariencia de requerimiento? ¿Y de qué continuación

estaba hablando? ¿Estaría Adrien allí? Y, lo más importante, ¿cuál era

la verdadera naturaleza de su relación?

—Bueno, tengo prisa, un escritor me espera en la oficina. Mi

asistente le enviará la dirección para mañana. Buenos días, uh...

¿Alice? ¿Se llamaba Alice, no?

Me dieron ganas de estrangularla en el acto. Todo en su actitud y

sus palabras reflejaba un desprecio enorme. Cuando se hubo ido,

encontré un poco de consuelo empezando una tableta de chocolate que

me había dejado Fabien. Un cliente me estaba pidiendo un libro

cuando mi teléfono me avisó de que me había llegado un mensaje.

*Breve cuestionario para esta noche.*

*Me encontrarás:*

*A. En la terraza del bar Soleil en Belleville.*

*B. En la plaza Furstenberg, porque es la plaza más bella de París.*

*C. En la habitación número 15 del Hotel Amour.*

*A.R.*

Me llevó un tiempo encontrar el valor para responderle sin

vacilar « *En la habitación número 15 del Hotel Amour* ».

**Continuará... ¡No se pierda el siguiente volumen!**

**En la biblioteca:**

**Poseída volumen 1**

Liz es joven y hermosa, Sacha es un seductor endiabladamente

rico. No han nacido para conocerse, ¡pero su relación hará que salten

chispas! ¿Hasta dónde estará Liz dispuesta a llegar para seguir a su

extraordinario amante? Y Sacha, ¿qué quiere realmente?

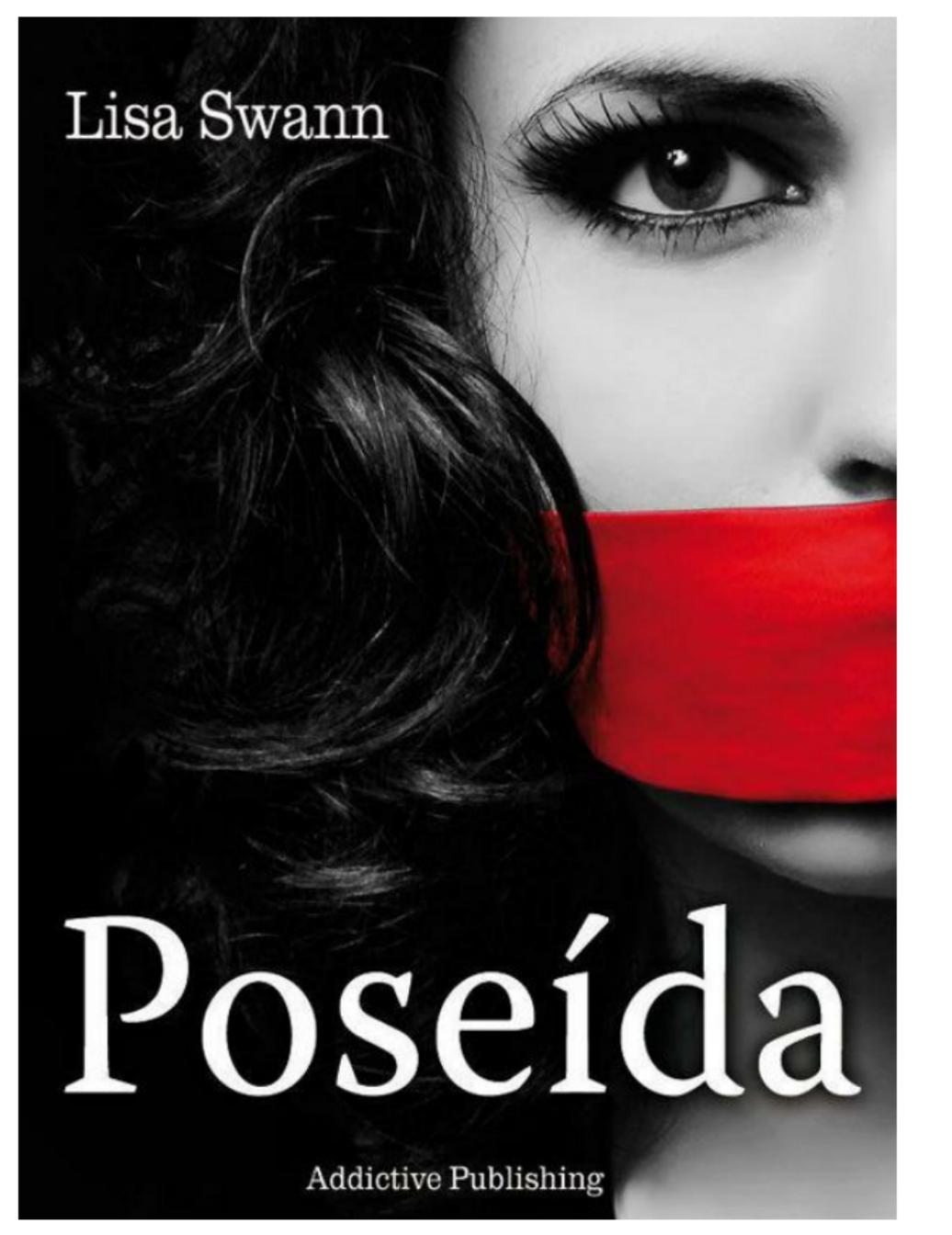
Entre en el fascinante mundo de la nueva saga de Lisa Swann:

¿Cederá Liz a la llamada del lujo y el placer? ¿Sabrá Sacha satisfacer

el deseo ardiente de la joven?

Poseída: ¡La saga que dejará muy atrás a Cincuenta sombras de Gre

Pulsa para conseguir un muestra gratis



Lisa Swann

# Poseída

Addictive Publishing